

## De ida y Vuelta

POR LORENZO MEYER

**A**LLA en los lejanos años sesenta se difundió una teoría muy rudimentaria en torno a los cambios sexenales mexicanos: era la llamada "ley del péndulo". La supuesta teoría señalaba que si en un sexenio la acción política se cargaba a la izquierda, en el siguiente se movería al centro y muy probablemente en el próximo a la derecha, y luego vuelta a empezar.

Bueno, hoy voy a proponer una variante de tal teoría, pero ésta no es sexenal aunque se refiere a la Presidencia, y pone el acento no en su signo ideológico sino en su poder. En el primer periodo que propongo, el péndulo del poder presidencial tardó unos setenta años en recorrer el espacio que separa a los extremos, pero luego los tiempos se acortaron. Veamos.

★

**E**L largo viaje del péndulo del poder presidencial se inició con el nacimiento mismo de la institución una vez que se proclama la República y toma el poder don Guadalupe Victoria en 1824. Este primer periodo presidencial (1824-1829) se desarrolló dentro de una relativa normalidad, pero más aparente que real. En efecto, el Presidente Victoria contó con recursos para poder pagar al ejército —institución que absorbió el 90% de los ingresos públicos—, pero resulta que una parte importante de esos fondos no fueron generados por la economía de la joven nación mexicana, sino producto de unos préstamos británicos contratados en términos muy desfavorables, pues los intereses fueron usurarios. Al primer Presidente estos préstamos le permitieron gobernar y concluir su mandato con relativa holgura (aunque al final, el golpe de Nicolás Bravo y el contragolpe de Lorenzo de Zavala anunciaron un porvenir distinto); sin embargo, para los sucesores los préstamos sólo significaron enfrentarse al insoluble problema del pago de una suma en aumento constante por los intereses.

Así pues, a partir de 1829 las cosas cambiaron y muy rápidamente. Los recursos externos se agotaron y ya no fue posible obtener más. Desde entonces y por medio siglo, el erario registraría un déficit constante y una deuda creciente, pese a que los impuestos directos e indirectos proliferaron hasta llegar a lo ridículo a mediados del siglo. El sucesor de Victoria, Vicente Guerrero, no habría de completar ni siquiera un año en el poder y murió trágicamente. Desde 1829 hasta el fusilamiento de Maximiliano en 1867, pasaron por la Presidencia 32 personas —en su mayoría generales— que protagonizaron 43 cambios en el Poder Ejecutivo, a quienes es preciso añadir el breve experimento del imperio.

**E**N este primer periodo de nuestra historia, bien podemos decir que la Presidencia era casi nada. En 1829 tres personas pasaron por ahí, cinco en 1846, cuatro en 1855 y otras tantas en 1859. El verdadero poder —en la medida en que lo había entonces— estaba en los jefes militares de cada localidad y en las grandes casas comerciales de los prestamistas, muchas de ellas amparadas en banderas extranjeras. El péndulo llegó a su centro con la Restauración de la República, pero ya no se detuvo ahí, sino que siguió adelante camino al otro extremo: hacia aquel en que el Presidente pareció serlo todo.

Con la tercera Presidencia del general Porfirio Díaz, esa que se inició en 1888, comenzó aquello que Cosío Villegas llamó "el necesariato": don Porfirio era el hombre del destino, el insustituible. México llegó a ser impensable sin la figura del general oaxaqueño. Ningún acto político importante pudo dejar de tener a Díaz como punto central de referencia. Aliados y enemigos necesitaron diseñar sus estrategias en función de la voluntad presidencial. Desde la distancia, Díaz y la Presidencia se veían como una y la misma cosa, y ambos parecían resumir al sistema político en su conjunto.

La Revolución Mexicana llevó a nuestro péndulo otra vez al punto de partida, y de manera por demás rápida y dramática. Pedro Lascuráin pudo recordar su Presidencia en febrero de 1913 por minutos, pues fue todo lo que le tuvo; Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro sólo lograron conocer el poder por medio de su imaginación. El real, otra vez, estaba con la gente armada. Bajo el mandato del general Obregón las cosas parecieron retornar al otro extremo, pero no durante mucho tiempo. La velocidad del cambio pendular era alocada. Mientras Obregón vivió, el poder presidencial de Calles tuvo que permanecer a la sombra del caudillo. Y cuando éste desapareció, las Presidencias del tercelto triste —Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez— vivieron en la zozobra a la sombra del llamado "Jefe Máximo". Otra vez la Presidencia era casi nada en tanto que el general Calles parecía ser casi todo.

★

**C**UANDO a mediados de 1935 el general Lázaro Cárdenas acabó con el Jefe Máximo, se inició otra oscilación rápida. La enorme fuerza de la Presidencia cardenista fue origen y resultado de la Reforma Agraria y la expropiación petrolera. Tan fuerte era la Presidencia en 1940, que pudo mantener la expropiación contra la presión externa e imponer, a la vez, el triunfo

# Presidencia.- De ida y Vuelta

Sigue de la pagina siete

de un sucesor, que, por si mismo, no hubiera nunca podido derrotar a Juan Andrew Almazán: Manuel Avila Camacho. A su vez, ya Presidente, Avila Camacho pudo quitar —por fin—, al Ejército, del centro del escenario político. El péndulo siguió moviéndose en la misma dirección hasta llegar al extremo con Adolfo Ruiz Cortines. El discreto Presidente veracruzano pudo imponer a su sucesor en 1958 sin que nadie chistara dentro de la numerosa y heterogénea familia posrevolucionaria que él dirigía con mano muy firme. Pareció entonces que no se movía una hoja dentro del árbol de la política mexicana sin la voluntad de El Señor de los Pinos.

El péndulo del poder presidencial se instaló entonces en el extremo máximo y pareció decidido a no moverse de ahí, como en el porfiriato. La Presidencia volvió entonces a resumir al sistema político mexicano. Y esta vez más que nunca ella y no el Presidente fue el principio y fin de todos los procesos políticos, pues convergieron todas las variables críticas de la vida política nacional. Sin embargo el péndulo volvió a moverse.

Hace seis años, la crisis de la economía y de la legitimidad política hicieron que el poder presidencial empezara a disminuir. Hoy la Presidencia ya no es todo, los límites de su poder se perfilan claramente a la vez que se estrechan. Ya el Presidente no puede mantener la disciplina dentro de su propio partido como lo hizo Ruiz Cortines: algunos de sus antiguos aliados —los empresarios, por ejemplo— hoy ya no lo son. El mundo externo desconfía de su capacidad de seguir siendo el nego-

ciador único e insustituible. El aparato administrativo al servicio de la Presidencia muestra deficiencias impresionantes y, además, se achica. El Presidente sigue siendo el centro del sistema político, pero ya no dispone de los recursos materiales y políticos. Ahora las demandas parecen crecer y los recursos para afrontarlas disminuir en la misma proporción. El Presidente es cada vez menos el gran árbitro del pasado inmediato y cada vez más uno de los participantes en la pelea.

En un artículo reciente —La transición mexicana—, Héctor Aguilar Camín propone, basado en las consideraciones de José Carreño Carlón, que la pérdida de poder de la Presidencia debería de llevar a quien asuma el cargo en diciembre de 1988 a hacer de la inevitabilidad del hecho una virtud. Esto significa que, en vez de intentar sostener un poder presidencial que ya no puede ser, se adopte, como política consciente, el desmantelamiento de la Presidencia absolutista para construir la constitucional.

La propuesta es audaz pero, sobre todo, inteligente. De intentarse va a afrontar la oposición de los intereses creados, mas de tener algún éxito, podría fijar, para bien de todos, al péndulo del poder presidencial en el centro, en una especie de justo medio: sin serlo todo, estaría igualmente lejos de ser nada. De lo contrario, las fuerzas que hoy socavan en los otrora sólidos cimientos de la Presidencia absolutista van a seguir chocando con las resistencias al cambio, y en el proceso los conflictos pueden aumentar hasta hacer saltar los resortes centrales del sistema y, otra vez, dejar a la Presidencia sin poder... y al país en un caos.